

EN DEFENSA DEL EJERCITO

(Tomado de la Revista No. 6, Agenda Nacional)

ALVARO PABLO ORTIZ R.

"Lo mejor que puede enseñarse al soldado es espíritu de cuerpo, es decir, que coloquen a su regimiento más alto que todas las demás tropas del mundo".

Federico el Grande.

"Eramos militares y lo fuimos con gusto. El servicio era para nosotros un alto y sagrado deber, nacido del amor a nuestro pueblo y a nuestro territorio".

General Hans Guderian.

"Siempre que una civilización ha estado a punto de sucumbir, ha sido un pelotón de soldados el que la ha salvado".

Oswald Spengler.

Desde hace mucho tiempo, se ha venido montando en el país una campaña inaudita de difamación contra las Fuerzas Armadas. A ellas se las culpa de todo o de casi todo. Sobre ellas llueve el ataque sistemático y cotidiano, el humor negro, la calumnia aleva, permanente y organizada.

Diversos sectores de la opinión pública, sobre todo los sectores de la izquierda, han querido convertir al Ejército en chivo expiatorio, en la víctima que debe pagar y responder por todas las desgracias nacionales. Así, dentro de esa óptica, muchos ven hoy tan solo en el militar al torturador, al fascista, al opresor, al reaccionario. Y esta campaña desde luego, tiene su razón de ser. La izquierda (la izquierda beligerante nutrida a punta de consignas internacionales, la izquierda de

mirada torva y puños apretados), sabe que en una sociedad donde como en la nuestra, el estamento civil y el sacerdotal viven, en muchos casos, de la claudicación, *el otorgamiento y la pérdida de paradigmas ejemplarizantes*, es entonces el Ejército el reto supremo, el obstáculo más formidable, el último islote del honor y de la dignidad. Por eso hay que procurar socavarlo por todos los medios, demolerlo y barrerlo literalmente como decía Lenin.

Por eso a través de la cátedra proselitista y malintencionada hay que convencer al estudiante de secundaria y de universidad que la raíz de todos los males procede del militar; por eso mismo, hay que educarlo en la rechifla, en la ordinareiz vuelta hábito, en la insumisión rotunda ante cualquier tipo de autoridad, en el odio, principio y fundamento de la sabiduría marxista. Por eso hay que convencer al campesino, al colono y al obrero de que el intruso, el extraño y el bandido es el militar. Por eso también, hay que difundir a través de una literatura panfletaria y patrocinada, una imagen siniestra y viciosa del oficial. Por eso en fin, hay que hacer la apología y el encumbramiento del "Ejército del Pueblo", el mito y la posterior divinización de los que han caído luchando contra el tirano. Y que bueno e importante es además cuando el caído es el enemigo de clase, el enemigo uniformado. Inmediatamente el protagonista genial de la hazaña se eleva (cuando lo capturan) a la categoría intocable y superior de preso político. Inmediatamente todos los abanderados de los derechos humanos recogen firmas, levantan actas, consiguen testimonios estremecedores. Inmediatamente se nos recuerda desde la Habana, Londres, París o Estocolmo, sobre cuál debe ser la justicia verdadera y objetiva. De ahí entonces que en este país ya no se esté mal visto el que se asesine a oficiales o a soldados. Los derechos que se suponen deben cobijar al individuo honesto y responsable han sido ahora colocados unilateralmente en favor de este nuevo tipo de delincuentes.

Pero lo más irónico y lo más cínico es que sean los marxistas quienes proclamen a los cuatro vientos la necesidad de defender a cualquier precio la dignidad humana. Ellos que atropellan y recluyen al intelectual disidente en la Siberia o en centros de "reeducación", ellos que después de sesenta años de su gloriosa revolución en favor de la clase trabajadora ven

cómo esa misma clase trabajadora se les subleva en Polonia o a la menor oportunidad se les escapa de Cuba. Ellos que sometieron a media Europa por el terror, ellos que inventaron las checas y los interrogatorios inhumanos, ellos que irrumpen con tanques o con los métodos más sutiles de penetración en Africa, Afganistán o Centroamérica, ellos... no nos engañemos. No sigamos alimentando delincuencias roussonianas. No sigamos pensando que democracia es indisciplina y desorden. No creamos que estar al día es romper con el pasado y con las tradiciones. No sigamos confundiendo la noción de moda con la noción de progreso. No nos llamemos a engaño. El marxismo en Colombia ya prácticamente ganó la batalla de las aulas; a través de malabarismos y estrategias teóricas ha llegado también hasta el púlpito y el altar mayor de las iglesias; asimismo, ha retorcido y deformado a su antojo la historia en textos que son oficiales y obligatorios, ha inculcado en la mente del educando un odio patológico por todo lo que presuma sabor hispánico, sabor de cruzada, sabor misionero, sabor de infinito. A este representante de una visión secular, materialista y atea de la existencia le falta solamente para cumplir sus anhelos, desmoralizar y dividir al Ejército. Pero eso, afortunadamente, no lo ha logrado.

El Ejército de Colombia reposa sobre una unidad monolítica basada en el código más irrestricto del honor y de la lealtad para con la Patria. En esta dimensión metafísica, este lenguaje de lo simbólico, este vivir peligrosamente, lo que ha impedido el derrumbe del orden social. El Ejército continúa llevando sobre sus hombros, sobre su espada, sobre su credo más íntimo los anhelos de Bolívar.

Ejército que no ha vacilado en defender al país amenazado en su esencia y en su destino, que debe seguir siendo libre y soberano.

Ejército que entiende que la lucha por la libertad aún no ha terminado.

Ejército que ha cumplido. Ya en alguna ocasión decía el Presidente Eisenhower: "el fusil y el equipo del soldado pesan menos que las cadenas del esclavo".